

LUIS VIVES, ENRIQUE VIII Y LA PAZ DE EUROPA

Ante una gran pompa de velas hinchadas que en el horizonte se avistaban, allí donde el cielo y el mar se funden en un beso trémulo, preguntábanse los marineros de las islas Medas, viendo avanzar una armada que pasaba de veinte galeras:

—¿Serán acaso corsarios?

—No, que son turcos de Turquía.

—No, que son franceses.

—No, que son moros berberiscos...

Y no eran ni una cosa ni otra. A Barcelona acaba de llegar, apresurado el huelgo y la frente sudorienta, un correo enviado desde Blanes, con la nueva cierta:

—Que veintiuna galeras y nueve leños con remos se van acercando. Es la armada del Emperador Carlos V, en que va embarcado prisionero el Rey de Francia.

Acontecía esto el 17 de junio de 1525. Se apeó el Rey galante en la ciudad caballerosa, que respetó su dolor y le hizo olvidar su vencimiento. Alojóse en uno de los más bellos palacios de la Ciudad Condal, que era la mansión llamada del Huerto del Arzobispo de Tarragona, lindante con la Rambla y formando esquina con la actual calle del Conde del Asalto. Era la más linda y deseable de las cárceles, poblada de naranjos coposos que le alegraban con su color, con su olor, con

su verdura. De ese su florido encierro salió para oír misa en la catedral, que estuvo llena de lumbrés y llena de pueblo y se engalanó con los mejores ornamentos y lució la magnificente custodia que había sido trono del postrero de los reyes de su dinastía, Don Martín el Humano. Comulgó en la misa; con la virtud que la credulidad popular atribuía a la persona de los Reyes de Francia, curó lamparones (*porcellanes*, en la lengua de la tierra) a cuantos enfermos se acercaron al Cristianísimo, haciendo sobre ellos la señal de la Cruz y una breve oración (1). A la noche, organizóse un lucido banquete en la galera real, al cual asistió la flor de la sociedad barcelonesa, y a la salida del festín, honrado y embellecido por la presencia de más de veinte damas, organizóse una vistosa cabalgata, iluminada por numerosas antorchas, que fué a pasar por delante del palacio del Huerto del Arzobispo. El Rey de Francia estuvo a la ventana, admirando el vistoso desfile. Y reparando en las damas, tan ataviadas como hermosas, les dirigió muchas cortesías y

(1) Esta credulidad duró muchos años. El poeta festivo de Sevilla Baltasar de Alcázar (1530-1606) tiene esta linda letra, llena de travesura y sal volátil, que hace referencia a este presunto privilegio de la Casa de Francia:

*Pues el pago de mi fe,
Juana, es verme, cual estoy
al Rey de Francia me voy;
no me preguntes a qué.
Sufriendo las sinrazones
que me hiciste, me han salido
dos bultos tras el oído
que parecen lamparones:
si lo son, yo no lo sé;
mas por la duda en que estoy,
al Rey de Francia me voy;
no me preguntes a qué...*

requiebros, diciéndolas que la prisión que más sentía era la que ellas le daban. Este gustoso cautiverio y sabrosos hierros en que las damas barcelonesas tuvieron preso al Rey galante, terminaron pronto. Al quinto día se acabó la deliciosa prisión. El Rey prisionero continuó su viaje a Madrid, como un meteoro triste, dejando un fugaz perfume de madrigales.

Con el prendimiento de Francisco I, Rey de Francia, ocurrido el día de la fiesta del Apóstol San Matías (24 de febrero del propio año) terminó el primer episodio de las luchas crónicas que sostuvieron el Rey Cristianísimo y el Rey Católico, tan crónicas y tan encarnizadas que, partidas en tres episodios, cada uno de ellos duraba el clásico decenio de las epopeyas antiguas. La fiesta de San Matías tuvo para el Emperador una significación augural, y fué para él un aniversario celebrísimo. El día de San Matías había nacido, el año de 1500. El día de San Matías, año de 1525, se había asegurado la posesión de Italia y la hegemonía del mundo, por la victoria de Pavía y la cautividad de Francisco I. Coronóse en Aquisgrán de Emperador el año 1530, el día de San Matías; así que toda su vida profesó una singular devoción al santo Apóstol que había presidido su nacimiento y sus más prósperos destinos, incoando la brillante serie de sus gloriosos cumpleaños. Hasta el monasterio de Yuste, a cuya puerta quiso dejar todo el ruido de los negocios mundanos en las postrimerías de su vida, le acompañó el indeleble recuerdo y la dulcísima triple conmemoración. Para ese día había alcanzado del Papa un jubileo plenísimo que se ganaba cuantas veces se entraba a rezar en la iglesia donde él, el Emperador, estuviese vivo o enterrado. Y en Yuste aconteció que lo celebrase por última vez. Vistióse de

fiesta y se puso el collar del Toisón de Oro. A la misa mayor, al tiempo que se hace la ofrenda, adelantóse a ofrecer los escudos y coronas correspondientes a sus años, que en aquel año fueron cincuenta y siete. Dios, que hace los días del hombre mensurables, quiso que aquella oblación fuese la postrera. Sus criados, aquel día, también se pusieron galanes. Mandó que hubiera sermón, y porque la iglesia del monasterio no era tan grande que cupiese en ella la multitud que se reunió de muchas leguas a la redonda para lucrar la indulgencia plenaria concedida, quiso que hubiera dos sermones, uno en la iglesia y otro fuera. En aquella ocasión se rejuveneció. Uno de sus servidores escribió: "*V. m., no puede pensar cuán bueno está... El día de Santo Matía salió a ofrecer al altar mayor por sus pies; es verdad que ayudándole un poquito...*"

Tornando de esta breve digresión, diré que el epicentro de los movimientos convulsivos de estas guerras crónicas estaba en Italia. El sitio donde por lo común se debatía la ira de los reyes y el estúpido furor de los pueblos era, para decirlo con palabras de Luis Vives, la Insubria y la Galia circumpadana, esto dicho en términos de humanista; dicho en términos corrientes, la cuenca del Po.

Las guerras nacían unas de las otras, con la increíble fecundidad con que en la mente del contemporáneo autor del *Orlando furioso* surgían las peripecias de grotescos heroísmos, sino que aquí, en Italia, teñida *di sanguigno*, los protagonistas eran reales, las huestes efectivas y la matanza verdadera. Luis Vives, con vigorosos trazos, describe la situación a que las guerras endémicas habían conducido a Europa: campos talados; edificios derruídos; ciudades pujantes pobladas de so-

ledad, cubiertas de ceniza, y como mendigas sentadas en el suelo; hambre y frío; carestía y miseria; flojera y desgana en el estudio; vilipendio de las letras de humanidad, rotura y soltura de costumbres, perversión del juicio que aprobaba la maldad como si fuese acción loable. De ver renovados estos acerbos frutos de la guerra de todos los tiempos, Dios perdone nuestros ojos.

“Afortunado parto de la naturaleza (exclama patéticamente Luis Vives), dádiva preciosa del cielo, feliz agüero y prenda segura para todo el orbe cristiano será aquel hombre por cuyo medio, Cristo posando más apaciblemente sus ojos sobre los negocios humanos, devolverá la paz a su pueblo. A ese hombre mortal la humanidad le será deudora de una inefable sucesión de bienes. ¡Ojalá a muchas personas privadas a quien Dios concedió generosa voluntad para ese empeño nobilísimo, les hubiera dado la facultad correlativa! ¡Ojalá vosotros, Príncipes a quien Dios con mano larga concedió el poder, por vuestra parte, añadiérais el querer!”

Y con osado apóstrofe, dirigiéndose a Carlos V, le dice estas graves palabras:

“Cierto es que Tú, bien visible y bien alta enarbolaste una bandera que hace que depositemos en Ti las mejores esperanzas de la anhelada quietud del mundo. Creemos que ese generoso pecho tuyo alberga, a una, voluntad y poder; y que Tú, que puedes tenderle la mano y levantar el nombre cristiano, del abatimiento en que se derrumbó, tienes la voluntad y pondrás el correspondiente esfuerzo vigoroso. Declaran tu enorme poderío tantos y tantos reinos, no adquiridos con sangre ni inhumanas carnicerías, sino heredados de tus mayores por un oculto consejo de Dios, que por blan-

dos lazos matrimoniales unió a Príncipes tan distantes en dominios y en origen, con el designio de que Tú en esa crisis de los tiempos, fueses Príncipe tan grande. A tu título de Rey, nombre que de suyo ya es glorioso y magnífico, añadióse la sagrada y augusta dignidad de Emperador, ante la cual se inclinan todas las otras dignidades humanas.”

“La suerte de tu nacimiento quedó comprobada por tantas victorias como se te vinieron a las manos sin que las esperases. No sólo fueron quebrantados potentes y temerosos ejércitos, sino que dos de los más temidos Príncipes de la Cristiandad cayeron en tu poder: Francisco, Rey de Francia, y el Papa Clemente VII, que no solamente era el supremo jerarca de la Iglesia, sino poderoso también en riquezas, en armas, en dominios...”

Pero con estos hechos brillantes, Carlos V no hizo, dice Luis Vives, más que echar los cimientos de hazafías más preclaras. Por aquel tiempo Carlos V había ordenado la expedición a Italia; y no solamente Europa, sino el Asia también, estaban colgadas del éxito de esta campaña, y en ella tenían puestos los ojos y oídos, y sobre todo en la persona del Rey: ¿Qué va a hacer con tan grandes aprestos? ¿Cuál va a ser el suceso de esta empresa? Aparejos tan copiosos y tan minuciosos, maquinación tan ambiciosa y vasta, conmoción tan radical que *parece que España se descuaja de su propio asiento*, le dice (respondiendo a un fundado recelo de que sea para todo lo contrario), supongo que no será para un estéril alarde de tu poderío ni para promover un ruido huero, ¿qué cosa puede ser más ajena de estos graves momentos?, ni con el intento de sojuzgar a Italia. Sojuzgar a Italia es (es notable esta imagen pintoresca y expresiva) *pescar una anguila, que por más es-*

trechamente que la aprietes, se te escurrirá de las manos por su viscosidad. ¿Qué empresa puede haber más reñida con tu prudencia política y con tu proceder tan rico de múltiples experiencias? Como si fueras un peregrino (un turista, ahora diríamos) curioso de descubrir a Italia, y ese tu viaje viniera a resultar un viaje entretenido y de pasatiempo. Nadie duda (el primero que lo dudaba era el propio Luis Vives) que esa expedición trasalpina tiene una finalidad sólida, estable, duradera; una finalidad cual lo desea el mundo, porque la necesita: la paz entre los príncipes, firme y permanente; un acuerdo en las opiniones, que, como más útil que es a la humanidad, yo la considero más difícil que la primera, a saber, la paz entre los príncipes cristianos...”

“¿Has pensado alguna vez en lo que estás obligado a hacer Tú, a quien compete la restauración de casi todo el orbe que, tambaleándose como está, necesita de un pilar como el que allá, en la mitología, cuéntase de Atlante, a quien, cuando estuvo cansado de sostener en sus hombros el eje del mundo, Hércules se ofreció hacer sus veces? Yo no sé si con estas columnas de tu imperial escudo quisiste significar que vas a sustituir a Atlante, puesto que en Ti renació un segundo Hércules. Y ahora, sin fábulas ni alegorías, dígame que trabajos no descemejantes a los hercúleos tendrás que llevar a término feliz si has de responder a las esperanzas y hacer buenos tus principios.”

Todos estos pasajes citados se tomaron de la carta dedicatoria a Carlos V del tratado *De la concordia y de la Discordia*.

Parece que coincidieron en París el P. Francisco de Vitoria y Luis Vives, y parece que se trataron. En

las obras de Luis Vives yo no he podido rastrearlo; pero el pacifismo de ambos respira mansedumbre apostólica y está impregnado del Evangelio de paz. La iglesia tiene horror a la sangre. Fué el diablo, espíritu homicida, según San Pablo, enemigo jurado del linaje humano, quien introdujo en el mundo la guerra. La guerra es una obra de la carne. Manifiestas son las obras de la carne, dice San Pablo: Enemistades, iras, contiendas, discusiones, envidias, homicidios, todo el enorme complejo de pasiones inconfesables que entran en el complejo enorme de ese crimen gigantesco. Con tristeza hemos de reconocer que la historia humana, por una lamentable restricción, puede decirse que es la relación de esas matanzas metódicas y colectivas, reducidas a lo que se decía el arte de la guerra, espectacular, pictórico; arte nacido poco antes de Luis Vives en Italia, nodriza de guerras, según J. Burckardt en *La cultura del Renacimiento en Italia*. Italia, pues, hizo de la guerra una ciencia y un arte completo y razonado. En Italia tuvo su expresión primera la técnica de guerra sabiamente conducida. Durante la guerra milano-veneciana (1451-1452) entre Francisco Sforza y Jaime Piccinino, un escritor militar, Antonio Porcello Pandoni, sigue el cuartel general de Piccinino con el encargo de redactar una relación de los más salientes hechos de armas para Don Alfonso el Magnánimo, Rey de Nápoles. Ese mismo autor no pudo excusarse, a fuer de neutral, de redactar un informe objetivo del ejército milanés de Francisco Sforza, quien le acompañó de fila en fila y le prometió transmitir a la posteridad lo que él había visto. En Italia nació la cosa y el nombre de la cosa; Maquiavelo la bautizó: *Arte de la guerra*. De espectacular y pictórica nosotros hemos visto el

arte de guerra convertido en la ciencia implacable y fría de la destrucción. Luis Vives, este suave pedagogo en Cristo, abominando de la guerra, en su tratado *De tradendis disciplinis*, dice:

“No de otra manera debieran tratarse las guerras que se tratan los latrocinios: sobriamente, secamente, en su repulsiva desnudez, no encareciéndolas con ninguna suerte de alabanzas, sino recargándola con toda suerte de abominaciones.

Las bélicas alternativas que registra la Historia, esos encaballamientos alternos de unas naciones sobre otras, destructores todos, tienen expresión eficaz en este pasaje del Profeta Joel:

“Los residuos que dejó la oruga se los comió la langosta; los residuos que dejó la langosta se los comió el pulgón, y lo que quedó del pulgón se lo comió el añublo.” *Sanctificate bellum!*, clama el mismo Profeta: ¡Santificad la guerra; humanizad la guerra! Empresa muy ardua esa de santificar la guerra, porque originalmente la guerra es hija del pecado. Empresa ardua esa de humanizar la guerra, puesto que es la propia inhumanidad.

De San Agustín es esa profunda sentencia: “No hay cosa más discordante por vicio ni más sociable por naturaleza que el linaje humano.” En nuestros tiempos calamitosos una vez más la discordia viciosa se ha sobrepuesto a la sociabilidad natural y ha roto aquella unidad que debiera ser la explicación y la confirmación de la venida del Hijo de Dios al mundo y ha desbaratado la blandura de la paz geórgica soñada por Isaías: “Las espadas se convertirán en azadas y las lanzas se encorvarán en forma de hoces; una nación no alzará

el cuchillo contra otra nación ni se ensayará más para la guerra.”

La encarnación del Verbo, según San Pablo, de dos hizo uno y derribó la pared medianera de las naciones y aniquiló las enemistades en su propia carne. Desterró los nombres de bárbaro y de extranjero; mató la *xenofobia*, a fin de que la armonía humana fuese imagen de la armonía divina. En la sagrada persona de Jesús fundiéronse todos los pueblos para ser un solo pueblo y un solo cuerpo. Todas las gentes son coherederas, *concorporales* (como dice San Pablo con una palabra felicísimamente audaz), copartícipes de los mismos destinos, de las mismas promesas, de las mismas esperanzas.

La guerra nace, como dice el Desterrado de Patmos, de las profundidades de Satanás: *Altitudines Satanac*. Allá, en aquellas minas negras, se engendra el monstruo abominable y se hincha el parto bestial. Pero los hombres hacen la guerra y la conducen o creen conducirla a sus fines; pero, en hecho de verdad, son conducidos, son arrastrados por ella como Hipólito, el héroe de la tragedia de Séneca, fué arrastrado y dilacerado por los propios caballos que montaba. Dios, en expresión de Job, coge a los maliciosos en su propia astucia. Es Dios, en definitiva, quien con su dedo marca como si fuera un agua dócil, entre dos riberas, el curso de la Historia.

San Agustín, que vió la guerra tan de cerca, batiendo los muros de su ciudad episcopal de Hipona, sitiada por los vándalos, dice: “Quien contempla con dolor los males de la guerra, tan grandes, tan horrendos, tan crueles, confiese que es la miseria suprema. Quien la contempla como un espectáculo, quien la hace sin un su-

frimiento íntimo y sin que se le conturben las entrañas, es que perdió el sentido de humanidad: *Humanum perdidit sensum.*"

Toda guerra es un enigma. *¿Por qué han bramado las naciones y los pueblos meditaron vanidades?* Eso se lo pregunta el Salmista y no se responde a sí mismo. Y si ilustrado con luces del cielo el Real Profeta no lo sabía, es lógico que tampoco lo sepan las naciones que braman. Pero sí; algo llegan a saber en su propio daño. Llegan a saber que la guerra es absurda, es estúpida, es innecesaria; pero lo saben cuando en holocausto gigantesco se han sacrificado veintidós millones de hombres, parte no pequeña de la humanidad.

Había que subir a estas serenas alturas de la Teología para dominar la cumbre en que se sitúa Luis Vives para hacer el juicio de la actualidad que vivió. Esta generosa teología agustiniana, paulina, cristiana, en fin, alienta en esos tres documentos sensacionales por su palpitante oportunidad, que ahora se dan traducidos íntegramente, creo que por primera vez, emanados de aquél a quien Lange llamó *Apóstol de la paz*. El primero cronológicamente está fechado en Brujas a los ocho días andados de julio del año 1524, ocho meses antes de la batalla del Parque de Pavía y del prendimiento del Rey de Francia, Francisco I. En una ausencia temporal de Inglaterra, de donde embarcaba y tomaba la vuelta de Brujas, a la fin del invierno, con el madurado designio de contraer matrimonio con Margarita Valldaura, hija de valencianos, pensando restituirse de nuevo allá por el otoño venidero, Luis Vives escribió una carta a John Langland, confesor de Enrique VIII, porque le consideraba el hombre más indicado para influir en el ánimo del Rey. Es una carta confidencial, ín-

tina, sacramental diríamos, o como una confesión hecha a sovoz, con acento sincerísimo, como el que ponía el Beato Juan de Avila en su *Epistolario Espiritual*; y contiene pensamientos de un subido ascetismo como de Tomás de Kempis o de Juan Gersón o del autor del tratado medieval *De miseria conditionis humanae*. En esa carta no disimula Luis Vives su miedo al Turco (era su gran obsesión); ese miedo pánico que toma diferentes nombres, según las épocas, pero que en todos tiempos el Este, el ominoso Este ha proyectado sobre el Occidente: Gog y Magog, Gengis Khan, el Tártaro, el Turco, Rusia. Ese miedo en la carta está no más que insinuado; pero con una alarma muy significativa y muy apremiante lo está en el tratado *De la Concordia y de la Discordia*, cuyas son estas palabras que ahora tienen una pavorosa realidad y un actualidad sombría: “Próximos están al incendio y al peligro los pueblos que tienen sus confines pegados con el Turco y vecinos sus términos. Los cristianos que están algún tanto más apartados apenas tienen una precaria seguridad, gracias a aquellos pueblos fronterizos que por la común salvación montan la guardia, como los alemanes que la deben a los húngaros, y los franceses que de ella son deudores a los italianos. Hundida esa primera línea, si algunos de los que están más adentro se consideran seguros es porque desconocen la naturaleza del incendio, o ignoran o no recuerdan, no diré yo los casos de añeja memoria, sino de la nuestra, de forma que parecen ser ajenos a su tiempo o peregrinos en su patria. Desde doscientos años acá, ¿con qué fronteras se ha contentado el Turco? ¿Con aquellas que señalaron los pactos de pueblos y de naciones? ¿Con aquellas que la naturaleza levantó? No atajaron su carrera, los ríos caudalosos ni

las altas montañas la retardaron, ni el mismo mar la enfrenó. Aquella su fogosa avidéz de poderío venció, superó, arrolló todos los obstáculos y pasó allende, porque le abrieron vía libre hacia los países cristianos, precisamente las armas y los odios de los príncipes cristianos.

Hemos de decir que por esta vez el cielo engañó esos miedos. Muy pocos años después que los ojos de Luis Vives, cargados de negros presagios, naufragaron en la noche eterna, nacido en sangre del César Carlos, crecía en la aldea de Leganés, a dos leguas de Madrid, un muchachuelo vivaz que andaba suelto entre los trigales y con una ballesta pequeñita derribaba pájaros sin dueño, o él era derribado a pedrada limpia de los árboles donde se había subido a hurtar fruta con dueño. Este muchacho, que respondía al nombre vulgar de Jerónimo, era el botón y el capullo del vencedor de moros y de turcos, del héroe de Túnez y Lepanto, el protagonista de la oda triunfal de Herrera. Este muchacho hizo que el gran poeta levantara del suelo la lira de bronce que pudo sostener la pesadumbre de la epopeya porque se conjugaron en una misma empresa, como dice el poeta

el Joven de Austria y el valor de España.

A pocos meses de distancia de este primer documento, Vives osó escribir a Enrique VIII una carta que diríamos de política internacional *sobre la prisión de Francisco I, Rey de Francia, por el César Carlos V*. Esa casi apostólica carta rebosa amor a Francia: "Alentamos la esperanza de que no os cebaréis, ni Tú ni el César Carlos, en una nación inocente y destituida de

defensas, ni asolaréis el más floreciente reino del mundo cristiano, ni arrancaréis ese segundo ojo suyo a toda la Europa. ¿Qué culpa tiene el pueblo, si al Rey le plugo declarar la guerra, contrariando, según se dice, la voluntad de todos los miembros de su Consejo?"

Esta delicada francofilia que se insinúa con tanta ternura en la carta a Enrique VIII, tiene expresión más explícita y más dramática en otras obras de Vives:

“¡Treinta años de hacerse guerra perniciosísima para el nombre cristiano; treinta años de guerra, casi sin respiro, Francia y España! El español ha quitado al francés Nápoles, Milán, Navarra, Rosellón; le ocasionó desastres, aniquiló ejércitos brillantes y, a lo último, cautivó a su Rey... No, no canto yo aquí las glorias de España; por otra suerte de hazañas querría yo verla celebrada, no por sus armas ni por sus victorias... No tendría yo a España por peor si hubiera resultado vencida, ni la tengo por superior a Francia porque ha sido vencedora. ¿Qué otra cosa ha hecho mi pluma sino abominar de esas furias rabiosas? No va mucha diferencia entre el alabar al guerrero por sus armas o por su inhumanidad; o loar a un cristiano por sus triunfos sangrientos o por haber desertado de las banderas de Cristo y pasádose a las del diablo. ¡Quiera el Cielo que algún día pueda ver yo un más noble pugilato entre España, que me engendró, y Francia, que me forjó; una contienda tranquila y más digna de hombres cristianos; no verlas enzarzadas en la triste competencia de cuál de las dos acarreará a la otra males mayores, sino trabadas en empeñado certamen cuál será más instruída, cuál será más prudente, cuál será más humana, cuál será más virtuosa, cuál será más santa! ¡Oh si yo alcanzara a ver tanta hermosura antes de salir

de este mundo! ¡Cómo daré gracias a Dios por haberme hecho nacer en la más venturosa de las edades!”

Luis Vives emigró de esta vida sin que pudiera entonar, como el anciano Simeón, el *Nunc dimittis* de las bellas esperanzas realizadas.

La pesadumbre, la consternación que dice Luis Vives se abatieron sobre el reino de Francia por el inopinado prendimiento de su Rey por los veteranos de España y de Alemania, gentes alabanciosas, jactanciosas, por tantas batallas ganadas al francés, gentes hambrientas, astrosas, no pagadas, que vencían o morían fanáticamente al grito de *¡Viva el Imperio! ¡Viva el Emperador!*, fueron en todo el mundo estupor y pasmo. La victoria de Pavía produjo una de las mayores crisis que registra la historia de Europa hasta la era napoleónica, dice un historiador. Nosotros podríamos extenderla hasta la guerra cuyos rescoldos humean todavía. Aquella victoria significaba que Italia había caído en poder de España y del Imperio. Ninguna ferocidad deshonró, por entonces, la rutilante victoria militar ni la persona del valiente Rey preso fué víctima de ningún cobarde ultraje. El propio Amadís de Gaula, ni nuestro generoso Tirante el Blanco se comportaran más cortesantemente con el Rey vencido como lo hicieron los capitanes vencedores. Cierto es que los soldados le arrancaron las plumas del yelmo y aun pedazos del hábito magnífico y la cadena de la Orden de San Miguel que llevaba al cuello; pero no por desacato, sino como por reliquias, para memoria, dice el historiador de Carlos V, Fray Prudencio Sandoval, cuya descripción de la batalla de Pavía es de las mejores que se han escrito. Cuando Lannoy, uno de los héroes de la jornada, reconoció al brillante Rey de Francia en el más

deplorable estado, cubierto de sangre, apenas reconocible; conmovido le besó la mano, recibió de hinojos la espada vencida que Francisco I le ofrecía, y en trueque le entregó la suya vencedora. Magnífica escena, como para otro cuadro de *Las lanzas* si el siglo XVI tuviera su Velázquez.

Correos fueron despachados inmediatamente a España, Alemania, Inglaterra y Roma. Cuando D. Ruy Díaz de Peñalosa presentóse al joven Emperador, en Madrid, castillo famoso, y le anunció que el día 24 de febrero, aniversario de su nacimiento, el Rey de Francia había caído en sus manos, Carlos palideció intensísimamente, y con lentitud, y en voz alta, como para asegurarse de haber bien comprendido, repitió las palabras del mensajero, pesándolas una por una en su desconcertante magnitud:

El Rey está preso en mi poder, y la batalla está ganada para mí.

Y calló, y bajó la cabeza grávida de pensamientos y se retiró a su cámara. Necesitaba soledad. Se ahinó y se puso en oración. La idea primera que cruzó su mente fué la de una cruzada contra el Turco. No quiso que se encendieran lumbradas de regocijo; sólo en hincimiento de gracias autorizó que recorriesen Madrid algunas procesiones que fueron al templo de Nuestra Señora de Atocha, en que el Emperador participó. Jamás Carlos V se reveló más grande que en aquella hora plenísima de su vida. Ante sus ojos se abría un porvenir de una pujanza sin límites. Para él y sus españoles parecía escrito aquel verso de Virgilio:

*His ego nec metas rerum nec tempora pono;
Imperium sine fine dedi.*

A éstos no les pongo ni límites ni tiempo; imperio les he dado sin fin.

El tercer documento es un muy grave doctrinal de príncipes y señores como tantos abundan en nuestra literatura política. Toda ella es política de Dios y gobierno de Cristo. Tiene el tono mesurado de una encíclica papal, y está muy robustamente construida. No se le puede quitar nada sin daño del armonioso edificio. Por aquel tiempo se incubaba la paz que... estalló en el Tratado de Madrid; demasiado dura para dictada por el Emperador de Romanos, que debiera haberse ceñido a aquella fórmula clásica de imponer paces, practicada por Roma:

Pàrcere subjectis et debellare superbos.

Paz humillante en demasía para que el Rey *fedifrago*, como se le llamó, es decir, quebrantador de la fe jurada, con aquella fe propia del siglo XVI, tan semejante a la fe púnica, no meditara su quebrantamiento, aun sin la más autorizada y solemne de las absoluciones. La guerra no tuvo más que una momentánea solución de continuidad. Se embraveció de nuevo más amplia, más erizada, más enconada. La mentida paz de Madrid trajo la sacrílega, la nefanda, la sangrienta orgía del Saco de Roma:

Per me si va nella città dolente...

LORENZO RIBER.

De la Real Academia Española.

I

CARTA DE LUIS VIVES A JUAN LANGLAND, OBISPO
DE LINCOLN, CONFESOR DEL ILUSTRE REY DE
INGLATERRA.

Se me dice que algunas embajadas en misiones de paz de una parte y de otra son expedidas y reexpedidas por los reyes interesados; las respuestas que traen, yo las ignoro. Mas paréceme a mí que a esa guerra, ni fuerzas humanas la provocaron ni la lleva la voluntad de los beligerantes. Los franceses ninguna otra cosa descan más ansiosamente que la paz; a vosotros esa guerra os repugna; el Emperador anhela la quietud; y con todo, la guerra se arrastra y se prolonga por los que no quieren la guerra. Desean la paz y no consiguen dar con ella. ¿Quién no descubre en ese raro fenómeno la existencia de una voluntad más eficaz y pujante que la voluntad humana, cuyo querer conduce estos sucesos, puesto que la paz no puede encontrarse, aun cuando andan en su busca aquellos en cuyas manos parece que reside; que es objeto de todos sus deseos y que nosotros estamos persuadidos que ellos pueden alcanzar y regalárnosla? No es entre sí mismo que combate el género humano, si no que hace guerra a Cristo. Y por ello es indigno de paz. *No hay paz para los impíos.* No hay concordancia para los soberbios, sólo el bueno es amigo del bueno; el malo no es amigo ni del bueno ni del malo.

Se suena que casi no hay otro obstáculo para la paz del mundo si no que ninguna de las partes beligerantes quiere pedirla, la primera. ¿Qué cosa puede

decirse de mayor arrogancia y soberbia que esta verdaderamente inspirada y salida de la escuela del diablo, que por esto mismo será el eterno enemigo de Dios y que nunca inducirá a nadie a que pida perdón? ¡Cuán grande es la ignorancia de la verdad! Con un poco de cordura y algo más de atención cualquiera entendería que no hay actitud más gallarda, más generosa, que honre más y que realce más, que esa de adelantarse espontáneamente a pedir la paz primero. ¿Qué otra cosa quiere decir: Hagamos paces; sino: Cesemos la matanza, atajemos los saqucos, restablezcamos la concordia, devolvamos a la humanidad el comercio, la religión, las letras, las artes, la tranquilidad, la seguridad, el contentamiento de la vida; restituyamos al mundo su faz risueña; desterremos la tristeza del orbe; vivan los buenos y campeen a su sabor, reprímase la audacia de los malos y de los forajidos?

Yo no atino a ver por qué razón el que dijera esto primero, el que tomase la iniciativa de invitar al enemigo para que le ayudase en tan generoso y glorioso empeño, debiera sufrir mengua en su honor si aquel cizañoso enemigo de la parábola evangélica no hubiera hecho una copiosa siembra de mala hierba y no hubiera falseado la realidad y no hubiera sustituido, en la conciencia de los hombres las virtudes sólidas y las auténticas alabanzas con otras malignas y torcidas interpretaciones.

Cuentan los navegantes españoles que en ese Nuevo Mundo por ellos descubierto hay ciertas islas que si entre ellas se produce alguna colisión armada, recaban la honra mayor para el que se adelanta a pedir paz al enemigo y que es tenido por hombre malo y por enemigo público el que la niegue a quien se la pide; y

que soportan con la más viva mala gana a aquellos cuyos enemigos se les hubiesen anticipado a la petición de paz que, en su sentir, es el más sabroso y glorioso de los deberes. ¿De qué nos sirve la cultura? ¿De qué la humanidad? ¿De qué tan numerosas artes que hacen agradable la vida? ¿De qué la prolija formación intelectual y moral? ¿De qué el magisterio del Dios omnipotente, si entre tan maravillosas adquisiciones mantenemos los juicios más corrompidos? Aquellos pueblos rudos y bárbaros sin letras, sin instrucción, sin religión, aprendieron en la sana escuela de la naturaleza recias y verdaderas enseñanzas. Mas, para común daño, introdujéronse en nuestra sociedad dos vicios insaciables, desconocidos en los pueblos aborígenes: la ambición y la avaricia, que llegadas a lo sumo hacen que nada baste a nadie, puesto que siempre le falta algo a aquel hambriento abismo de codicia. Y así es que ya no nos satisfacen riquezas ni nos llenan honores, animalillos, como somos, a quien para el sostenimiento en vida y para sepultura en la muerte basta media yugada de tierra. Y, a pesar de todo, en alas de nuestro pensamiento, rodeamos tierras y mares, alborotándolo todo, trabucándolo todo, por servir a nuestras pasiones, sin que ni el número de los que mueren cada día ni nuestros propios achaques nos adviertan nuestra fragilidad ni hacia qué destino tenemos que emprender el viaje.

¿Quién no se percata como de una monstruosidad abominable del hecho de que en flaqueza natural tan grande anide una tan obstinada ferocidad y una tan terca malicia? ¡A guerrear, pues; a vencer, pues; a favor del Turco que a unos y a otros nos devorará: al vencido postrado y al vencedor cansado! De esta ma-

nera el águila dirime las pugnas entre dos animales menores, para comérselos al uno y al otro. Si la naturaleza hubiera impuesto ineludiblemente que este corpezuelo nuestro no se satisficiera si no de grandes espacios de tierras y de mares, en ella, por ventura, podríamos descargar la culpa, cuando, por nuestra defensa, por todo lo largo y por todo lo ancho, suscitáremos tanto alboroto y tanta y tan sangrienta polvareda. Ahora ese saco hediondo, ese saco estrecho que con unos cuantos bocados no solamente se llena, sino que regüelda; esa piltrafa condenada a perecer en plazo tan breve, ¡cuántas tragedias promueve! ¡Providentísima y muy amorosa naturaleza que porque ningún hombre dañase a ningún otro hombre nos atribuyó unos cuerpos tan reducidos que con poquísimos alimentos se hinchen para condenar con justicia mayor, como con nuestro propio testimonio, los engaños y las injurias mutuas y convencernos de que las maldades son imputables exclusivamente a sólo nosotros! Y nosotros, en cambio, olvidándonos de la naturaleza, olvidándonos de Dios, corremos a nuestro mutuo aniquilamiento. Eso lo oímos decir cada día, pero por una oreja nos entra y por otra nos sale. Eso cada día lo pensamos, pero con la conciencia desvaída y floja. A tal extremo de vicios hemos llegado que confundimos la enfermedad con la salud y hacemos de los remedios como delirios e invenciones seniles. Tiempo vendrá en que Dios inequívocamente y a las claras nos dará a conocer que esa astuta e insípida sapiencia es una trágica demencia. Eso será aquel día grande en que la justicia se convertirá en juicio; e, individualmente y sin publicidad, cuando cada uno de nosotros, libre del envoltorio de ese cuerpo ruin, se presentará en el tri-

bunal del Juez severo y justiciero. Y aun en esta vida, indáguese por separado la opinión de cada uno de aquellos hombres que con arrogancia y boato profesan y venden sabiduría humana. ¿Qué clase de sabiduría es esa de ser vejado, de ser lacerado, de ser despedazado, día y noche, por el odio, por la envidia, por el orgullo, por la hinchazón, por la ira, por el engaño, por la impostura, por el terror; y ese no gozar ni de la paz del día ni del reposo de la noche? A esto se reduce la sabiduría de los hombres; en esto consiste su grandeza: en ser miserable por causar la ruina ajena.

Perdonárseme debe este desahogo de mi justo dolor por las calamidades de esa edad nuestra, en que el pueblo cristiano, desechando todo asomo de caridad evangélica y olvidado de su Cristo, abusa de sus fuerzas en su propia perdición. En ningún otro tiempo estuvo abocado a una crisis más evidente y más angustiosa que la actual, con un enemigo poderosísimo que atisba la ocasión; ajenado Cristo de un pueblo desertor y fiero, y que, abandonadas sus santísimas banderas, corre a refugiarse en los campamentos de todos los vicios y de la idolatría, que trasladó el culto debido a Dios a los hombres y a los metales, puesto que con celo mayor cuidamos los intereses de los hombres mortales que los de Dios que vive por los siglos de los siglos. Por eso es que vivimos y obramos, como hijos que han abdicado de su filiación por manera que parecemos excluidos de la tutela y del cuidado de Dios abandonados a nuestra mentecatez, cuya obra única son las calamidades y la ruina y la miseria de toda Europa. Y en medio de tantas catástrofes, con los labios honramos al Dios de paz, mientras nuestros corazones están envenenados de sañudo y sangriento odio.

Y no los príncipes solos, sino también las personas privadas, las que manifiestan la mayor y más estrecha de las amistades; por manera que ahora con más triste verdad que en cualquier otra época puede decirse: Todo hombre es mentiroso. Y no solamente para con los hombres (lo que, en fin de cuentas, sería tolerable) llevamos una cosa manifiesta en la boca y otra encerrada en el pecho, sino también para con Dios mismo, no pensando, con punible olvido, que Él cala más agudamente nuestros pensamientos que nosotros mismos. Hablamos el lenguaje de los hijos de Dios, pero la vida es como de enemigos suyos. Voy a poner fin, puesto que me dirijo a ti que no ignoras nada de esto y querrías verlo enmendado. ¡Pluguiera al cielo que a los mejores avisos no se opusieran, en obstáculo tan crecido, nuestros propios pecados!... Padre mío, ten salud.

A los ocho días andados de julio de 1524. Brujas.

II

CARTA DE LUIS VIVES A ENRIQUE VIII, ILUSTRE REY DE INGLATERRA, SOBRE LA PRISIÓN DE FRANCISCO I, REY DE FRANCIA, POR EL CÉSAR CARLOS V.

Mi increíble observancia y amor para con Tu Majestad hacen que por la misma manera con que te deseo toda suerte de colnadas felicidades, también me gozo cuando se encarnan en realidades esos votos míos. Y es tan grande la opinión que tengo formada de Tu virtud y de Tu prudencia que es antiguo en mí el anhelo de ofrecerte alguna coyuntura y cuasi materia por la cual demuestres esa gran lumbré de Tu

ánimo y de Tu probidad, así para Tu gloria como para ejemplo de los príncipes restantes. Y diríase que un acontecimiento reciente me ha ofrecido la verificación de mi deseo: *El César Carlos ha hecho prisionero a Francisco Rey de Francia*. También Tú te arrimas a alguna participación de su gloria. Ahora espero yo que vais vosotros a esforzaros y a dedicar el más acuciante de los afanes porque entiendan todos, no ya los contemporáneos, sino también los venideros a quienes llegare la noticia de hecho tan glorioso, que vosotros no tanto tuvisteis en vuestro poder al Rey de Francia, como os tuvisteis a vosotros mismos en vuestro poder y que no caisteis bajo el señorío y jurisdicción de la fortuna temeraria y ciega, sino que vosotros la dominasteis, y estos sucesos tan venturosos no os hicieron más insolentes, sino que prudentemente os acordasteis de la inconstancia de la prosperidad y de la versatilidad de los casos humanos y que en vuestros adentros pensasteis que lo que pasó al Rey de Francia puede pasar a cualquiera de vosotros (cosa que no quiera el cielo), porque todo a todos es común y ninguno está exento de la suerte humana. Por todo ello es que alentamos la consoladora esperanza de que usaréis con templanza de vuestra victoria y que no os cebaréis en una nación inocente y destituida de defensas ni asolaréis el más floreciente reino del mundo cristiano, ni arrancaréis ese segundo ojo suyo a toda la Europa. ¿Qué culpa tiene el pueblo si al Rey le plugo declarar la guerra, contrariando, según se dice, la voluntad de todos los miembros de su Consejo?

Ciertamente que por lo que toca a nuestro provecho y al de vuestros pueblos, yo no hago tanto caudal del cautiverio del Rey Don Francisco I, cosa que hará

que, o la guerra se acabe automáticamente, o que facilite su desenlace y, por ende, sea más breve, como hago estima del ejemplo que daréis y de las enseñanzas que aprenderéis según la penetrante agudeza de vuestros juicios y vuestra experiencia y prudencia. Lo primero que aprenderéis será no fiar en ningún éxito, bien para no emprender guerras a la ligera y alegremente, bien considerando los varios azares de la guerra, y cómo Marte es tornadizo e incierto, cómo a veces los vencidos, los puestos en fuga, los acorralados, los sitiados vencieron al vencedor y prendieron a quien les tenía puesto cerco y, finalmente, cuánto daña a todo un reino, a tantas gentes y pueblos como constituyen un reino, la ciega ambición o la audacia sin consejo de un hombre solo.

¿Quién será capaz de describir cuánta pesadumbre se abatió sobre la Francia toda, a la primera noticia de la cautividad de su Rey? ¡Silencio y pasmo doquiera; soledad, desolación! ¡Cuánta consternación en los espíritus! ¡Qué pánicos terrores, de día y de noche! ¡Qué presentimientos de toda suerte de peligros, y qué congoja en los espíritus ante el resultado enigmático de esta guerra! ¿Qué será de la Francia? Ningún francés se prometía más que subversiones, asolamientos, huídas, muertes, estragos, incendios, acabamientos y ruina total; y todo ello atroz, todo ello indescribible. Es que los franceses ignoran vuestra templanza y mansedumbre y recelan que vuestro capricho no os aconseje lo que os consintiere la fortuna; cuando, muy al contrario, yo no tengo la más leve duda que lo que se os antojare será tanto más comedido cuanto más desmedido fuere vuestro poder.

Con todo, en medio de ese inmenso desastre de

Francia, no hay nadie que sea de ánimo tan inexorable y tan fiero que no compadezca su suerte, bien por ser cristianos, bien por ser hombres, bien porque lo que a ellos acaeció hubiera podido suceder a cualquiera. ¡Oh, qué materia tan rica de hacer bien y de cuánto merecimiento a los ojos de Dios y de cuánta gloria en la estimación de los hombres, si Tú y Carlos enviaseis cuanto antes allá una embajada que con palabras vuestras consolase a los míseros franceses y les diese alivio y esperanza buena; que les dijese que no guerreais con la nación francesa por sacrificar vidas, sino que la contienda se limita a fijar las fronteras de la respectiva soberanía; que preferís recuperarla apoyados en la fuerza del derecho y con la intervención de amigables componedores, que con violencia y matanza mutua; que no consentiréis que vuestros soldados cometan en Francia asesinatos ni pillajes y que vosotros vais a tener de ellos el mismo cuidado cariñoso que si cada uno de vosotros estuviera en la situación de Francisco; situación en la cual es necesario que os coloquéis por caridad y benevolencia en conformidad con todas las leyes divinas y humanas, para defenderle como huérfanos que son, orfandad que vosotros les ocasionasteis arrebatándoles el padre. Así, entre los Romanos, gente la más experta en el arte de gobernar pueblos, aquellos caudillos que habían sojuzgado a alguna nación o pueblo a su dominio, admitíanlos inmediatamente en su clientela y patrocinio, y aquel pueblo conocía por experiencia no haber tenido jamás dominadores más benévolos ni más bienhechores que aquellos capitanes con quienes cruzara las armas; haced que los franceses entiendan que han perdido a un Rey, pero que han cobrado dos defensores y patronos;

que en adelante no sentirán soledad de un monarca; y en este mismo sentido enviad muchos otros mensajes tranquilizadores que vosotros podéis imaginar tanto mejor que yo, cuanto me superais en agudeza de juicio y en sagacidad política.

Al mismo tiempo pienso que vosotros no ignorais cuán grande oportunidad y sazón es ésta para llegar a la meta de vuestros deseos. Con aquella vuestra proverbial templanza y mansedumbre desarmaríais a todos los pueblos de Francia, les quitaríais todo apetito de represalias y aun de defensa propia y, por decirlo así, arrancaríais el arma de sus manos, pues hartas veces la desesperación empuja a supremos heroísmos y tienen la misma equivalencia el ánimo grande y el desesperado. Allégase a esto que afianzaríais vuestro poderío conquistándoos, mediante esa clemencia y moderación, la mayor y más rendida bienquerencia de vuestros súbditos, que son los más válidos apoyos que pueda tener un Príncipe; y no habrá nación que no os quisiera por Reyes, a fuer de divinidades enviadas del cielo benigno. ¿Qué cosa hay más propia de la naturaleza humana que hacer bien, aprovechar, ayudar, conservar y salvar al mayor número posible? Y por encima de todas estas consideraciones, daríais satisfacción a Cristo, en quien debéis tener puestos los ojos invariablemente, por cuanto, muy en breve (¿qué espacio largo puede darse en la efímera vida humana?) tendréis que presentaros en su tribunal divino, tan callando, arrumbado todo el tropel y el estruendo de vuestra fortuna militar, en ningún punto distintos ni diferentes de cualquier persona privada, y donde sólo podrá valeros la vida inocente y piadosa. No añadiré ya ningún otro aviso porque no parezca que doy con-

sejo a Tu prudencia y a la de tus consejeros y especialmente del Señor Cardenal (Wolsey), varón de una soberana experiencia en la gestión de los negocios públicos.

Esto escribí en Oxford, en mi estudioso apartamento lejos de la corte y de los afanes cortesanos. Reiráste quizás de este parecer mío, bien porque entenderás que proviene de quien juzga de cosas que no son de su incumbencia y que no tiene asaz conocidas ni exploradas, bien porque te doy unos avisos que con mucha anterioridad y con más diáfana claridad a Ti se te ocurrieron. ¡Ojalá fuera yo un monitor superfluo y exhortase como se dice a la carrera, a quien ya va por ella abalanzado. Mas yo no pude dejar de hacerlo obligado ya por el grandioso afecto que Te profeso, ya por amor de la pública tranquilidad y de la paz de los cristianos por la cual abogué siempre y exclusivamente y continuaré haciéndolo en lo sucesivo, si no cambia esta idea mía, cosa que no permita Cristo. Si en algún punto erré, merecerá venia la hermosa y generosa causa de este error mío. Concédate Nuestro Señor Jesucristo aquel Espíritu suyo de lenidad y mansedumbre, en quien debes situar tu mayor y más sólida gloria y tus riquezas más brillantes y firmes. En esa tu Oxford, a los 12 días de marzo de 1525.

III

CARTA A ENRIQUE VIII, REY DE INGLATERRA, SOBRE LA PAZ ENTRE EL CÉSAR Y FRANCISCO I, REY DE FRANCIA, Y SOBRE EL MEJOR ESTADO DEL REINO.

Con el mismo ahínco con que en todo tiempo exhorté a la paz a Tu Majestad y a todos los otros príncipes con quien tuve alguna privanza, ahora en este que corremos, en que el nombre de paz se vuelve a oír, me alegré todo, así por causa del bien público, como por el de los mismos príncipes para con los cuales por razones infinitas abrigo los mejores deseos, siendo la principal la consideración de que la salud pública anda unida tan estrechamente con la de ellos y con su buen seso que no pueden en manera alguna divorciarse. El príncipe en la república es lo que el alma en el cuerpo y un cierto trasunto del Hacedor de la naturaleza. Es de ver cuán profundamente turbado y afectado queda el cuerpo cuando el alma está afectada y turbada; ¡qué flamígeras y siniestras antorchas relumbran en los ojos; cuán fea torcedura la del rostro, qué atroz agitación del cuerpo todo! Cuando el ánimo sobreexcitado remite y se serena, todo el cuerpo se acomoda a su nueva situación. Del mismo modo, el Príncipe transfunde sus pasiones todas en la ciudad de su gobierno y la colectividad en masa se acomoda a su ejemplo. Por eso, la preocupación primaria del Príncipe buen mercedor de tan honroso nombre debe ser la de mostrarse en la vida privada y en la pública tal cuales quiere que sean sus vasallos. Debe imaginarse que actúa en un teatro colmado hasta los bordes, donde

ningún hecho ni ningún dicho suyo queda ignorado. Ni la oscuridad ni la soledad son estorbo para la divulgación de ningún acto suyo. La brillantez de su jerarquía alumbrá todo lo que está alrededor y no puede, aun cuando lo quiera, engañar tantos ojos cuantos son los que están puestos en él. La parlera fama explora y pregona sus más recatadas intimidades. Todo cuanto ven que agrada y merece la aprobación del que manda, eso todos lo siguen; de bruces y sin tino échanse en ello, como si fuera motivación suficiente el hecho de que haya juzgado que así debía hacerse aquel en quien piensan que así como reside el poder supremo, residen también la más exquisita prudencia y el más avisado consejo. Siempre los hay que no ignoran ser muy malo lo que hacen, pero al menos por la imitación de sus costumbres esperan que van a congraciarse con aquel en cuya mano están la fortuna, las riquezas, las dignidades, los honores y todos los restantes gajes objeto de la más viva acucia de los mortales.

En el montón de estos tales ocupan lugar preferente los aduladores, ponzoña la más activa de los poderosos, puesto que le cierran el paso principal a la sabiduría, que es: *Ser enseñado, ser reprendido*. Cosa es ésta no menos necesaria al Príncipe que a las demás personas privadas. No hay hombre alguno que sin aquella doctrina y sin aquella admonición esté asaz informado para la sabiduría: ha menester maestros y experiencia; necesita quien le demuestre sus errores y quien se los enmiende para pulir y limar su espíritu que, de suyo, es rudo e inculto.

A todos éstos, aléjalos del Príncipe el adulador, como si el Príncipe no fuera un producto originalmente tosco como los restantes mortales, sino que naciera

grande y acabado. La realidad es precisamente todo lo contrario. Sus regalos, sus placeres, su soberanía encima de todos le espolean para toda licencia. Es menester ponerle frenos que cohiban la desmedida y desapoderada soltura de su antojo, porque de lo contrario, si todos le empujan en su caída y no le detiene nadie, a sí y a sus cosas hundirá en el precipicio. Robusto pilar del reino son los amigos prudentes y libres que mantienen el poder en su comedida templanza, y el rey, bien por el respeto que la prudencia le merece, bien por la persuasión y la autoridad de quien le aconseja y avisa, conviértese a la práctica y al cultivo de la virtud. El Príncipe, llegado este caso, disfruta de un pueblo semejante a sí, a saber, de un vasallaje inmejorable y gobierna un reino en quietud, que no se deja seducir de novedades. En siendo malo el Rey, los súbditos son malos, y entre malos no hay concordia duradera. Espinosa y desabrida tarea la del gobierno de malos y más desabrida y espinosa aun si quien los gobierna es malo. No hay sumisión más dúctil que la de los buenos al bueno; como no hay trabazón más sólida y firme que la de la bondad. Los gobiernos de mano fuerte e inmoderada presto se disuelven y son más duros que durables, puesto que ningún vínculo estable une al Príncipe con los súbditos y para la ruptura violenta no se espera más que la ocasión. No hay coacción alguna que pueda retener indefinidamente, contra su voluntad, a animal ninguno que tenga oportunidad de escaparse, y el que es víctima de la coacción no tiene afán más agudo que el de romper con todo aquello que pone obstáculo a su libertad. Aglutinante espiritual muy recio es la bondad entre los buenos, y

el buen vasallo oye al buen gobernante con la misma atención con que se oye a sí mismo.

Por todo ello éste debe ser el primer cuidado del Príncipe discreto que quiere en definitiva conservar su reino y legarlo a sus herederos; a saber: hacerse bueno a sí y a los suyos; que en el gobierno sea muy hábil y enseñe a sus vasallos a obedecer modesta y dócilmente. ¡Cosa extraña, o por decir mejor, absurda e incomprensible! Los domadores de fieras, el afán preferente y primero que se imponen es el de amansar sus zahareños instintos y enseñarlas a obedecer lo que les mandan, pensando que de este modo conseguirán tenerlos esclavos de su voluntad, sin dificultad ni riesgo. Si no depusiesen su braveza y se dejasen domar desobedeciendo la voz de mando de su domador e instructor, convertirían contra él toda su crueldad instintiva. Así los caballos son amaestrados para llevar sus jinetes y sus cargas; así los toros prestan sus cuellos a la coyunda; así a los elefantes se les ponen encima torres altas y así hacen uso de los leones como si fueran perros y, en cambio, quien gobierna hombres, monteses y rudos todavía, sin cuidado previo alguno, vive en afectada tranquilidad, siendo así que no hay res brava más intratable y arisca que el hombre y para cuya doma, en ausencia de la virtud, se requiere harto tiento y maestría. Sin más bagaje que el de la violencia y el temor júzganse algunos asaz provistos y dotados para ese menester tan delicado. Con aquellos recursos que son serviles y no liberales, deforman al pueblo infiltrándole naturaleza y condición serviles y nada hacen ni dicen digno de personas libres; y éstos, en justa correspondencia, a guisa de infieles y rencorosos esclavos, en ninguna otra cosa

piensan con más tenacidad y ahinco que en la fuga clandestina del dueño cruel. Aquellos que abrigan en su pecho alguna nobleza, andan siempre al acecho de la ocasión de afirmar su personalidad. Y así es que ninguna cumbre se asienta en cimiento más endeble que una monarquía que se afianza sobre el miedo y no hay poderío menos firme que el de aquel a quien muchos temen, y el mismo que es temido fuerza es que sea de peor condición que el de la multitud intimidada, puesto que no fiarse de nadie ni de ningún lugar ni de ningún tiempo ni poder depositar su seguridad en hombre alguno y recelar de todos, esto no es reinar, sino estar recluso en una mísera y asfixiante mazmorra. Conocidas son las expresiones de Augusto y de Trajano; que no querían reinar sobre malos y que estaban dispuestos a dimitir el imperio si no podían ser príncipes de la república. ¡Cuánta y cuán serena placidez convino que hubiese en aquellos espíritus que se sentían seguros no con sus lanzas y con sus escoltas, sino con la bienquerencia de sus vasallos! Yo he tomado esta conjetura de Ti, a quien más y con mayor frecuencia veo rodeado del tierno amor de los tuyos, que de tu propia escolta personal. ¡Cuán raras veces usas de guardias!, y aun las veces que lo haces, háceslo más por alarde protocolario y por seguir la costumbre de tus mayores, que porque te persuadas que te es menester, pues de tal manera te rodean, que quienquiera puede acercarse a Ti y en tu palacio no te hace servicio mayor la guardia viva que la que está pintada en los tapices que decoran sus paredes. Esto, en fin de cuentas, es ser libre y ser rey; así te saboreas con el fruto de tu confianza y tu seguridad, por ma-

nera que no hay ninguno de los tuyos que no prefiera inferir daño a su cabeza que ocasionarlo a tu pie.

Si el aglutinante de éstos afectos fué como creo, la bondad, durarán siempre; no hay cemento más firme de la amistad ni cola más pegadiza que la virtud. Entre malos la benevolencia no dura más tiempo que aquel en que a entrambos es útil. Eliminado el provecho, la amistad se disuelve. Mas, la amistad cuajada entre buenos, puesto que no atiende al provecho, la misma virtud que la concilió la conserva y no puede dirimirse sin ella. Por esto es que los príncipes deben poner todo su interés y su afán en hacer buenos a los suyos, puesto que ellos sean buenos. Esta es la industria más indicada para amansar a los hombres; este lazo de unión que reciamente vincula al gobernante con el gobernado. La virtud engendra la amistad y para el amor no hay cosa difícil ni pesada. Si por ventura en obsequio del amigo hay que exponer la fortuna, los hijos, la sangre o la vida, resulta sabroso este sacrificio y no hay cosa más placiente en la grande amistad que las grandes pruebas de afecto y hasta donde el caso lo permita, mostrar de ello señales inequívocas. Los que no son buenos afectan que- rerse en la prosperidad; mas en horas de crisis son los primeros desertores.

Allende de todo lo dicho, la virtud es tranquila y templada, no sueña en novedades revolucionarias y así como es menospreciadora de la fortuna, no tiene cuenta con su propio interés ni con las riquezas, sino que se afianza toda en el espíritu. Si a ello se añade la piedad cristiana, esta añadidura constituye el coronamiento de la virtud, o por mejor decir, es la virtud única atenta no más que a la salida de este mun-

do; y, pensando con suprema cordura que esta vida es una peregrinación, soporta con harta docilidad el mando de cualquiera. ¿Qué importancia tiene para él lo que el príncipe ordene de su fortuna o de su cuerpo, si harto miró por el bien de su alma? ¿Qué interés tiene para un efímero mortal un año más o menos de vida que le quede o bajo qué príncipe los haya de vivir, si en el cielo tiene otro Rey y Señor al cual llegará con tanta mayor celeridad cuanto mayor sea su desafecto de las cosas humanas? Mas, el mal ciudadano, ignorante o descuidado de los intereses de allá arriba, *sin tener pensamiento alguno más que para esta vida presente*, propende con harta facilidad a establecer mudanzas en el príncipe y en la organización del reino. Inquieto es el juicio del hombre malo y nunca se acomoda a la realidad y actualidad de las cosas; desea frecuentes renovaciones, como los que padecen de insomnio que sin descanso se revuelcan en la cama y buscan posturas nuevas como si la nerviosidad residiese en la cama y no en la dolencia. El que está en posesión de la virtud, hasta tal punto se contenta con ella, que no tiene más anhelo ni otro ideal que el de conservar y mantener aquella condición y estado que le permite practicarla y amarla, no ignorando, por otra parte, que toda mutación política trae consigo alborotos, muertes, rapiñas, calamidades y todo un cortejo de fieros males; y por ello mira con horror tanto estrago, fruto de la mudanza.

El necio o el impío que no proyecta su pensamiento a lo que está por venir, reacciona ante lo que toca con las manos y ve con los ojos, en el sentido exclusivo de desear que se cambie; piensa que todo lo otro es muy parecido a lo presente y que él va a colocar-

se en mejor posición. Al mismo tiempo, quien tiene instintos truculentos o arde por poseer honores o riquezas, siéntese empujado a satisfacer su pasión provocando asesinatos y catástrofes, persuadido de que lo que interesa, no es adónde se ha de ir, sino por qué camino. Por esto es que yo (o me engaño muy mucho) tengo la arraigada convicción que a los príncipes y a los que ejercen cualesquiera funciones directoras, para mantener el pueblo en la obediencia con la mayor tranquilidad y salud de la república, ninguna otra cosa les conviene tanto como la de procurar imbuirle ya desde la edad tierna en opiniones rectas y sanas porque sepa cuál sea el uso, cuál el premio y cuál el fin de cada cosa; cuánto y hasta qué punto se ha de tomar de ella, en cuánta estima se la debe tener y que la manipulen como los honrados orífices, cual si fuera una suerte de piedra lidia o de toque para conocer los quilates y la aplicación de todo lo que deseamos o aborrecemos, dinero, posesiones, amigos, honores, nobleza, dignidad, mando, hermosura, fuerzas, placeres, ingenio, ambición, virtud y religión; no sea que invirtiendo los valores respectivos no hagan caudal de lo mayor y sobreestimen lo pequeño y lo ruin; que por dinero, por sombras, por trampantojos, por sueños que ellos mismos se fabrican, promuevan graves tragedias, con un olvido y descuido totales de la religión, de la cordura, de los bienes auténticos y macizos. Estos son los que mientras temen por su dinero, por sus regalos, por su ambición, reniegan de la patria, de la honestidad, del bien; sacrifican el bien público en aras de los intereses privados y se forjan una necia, de puro ingenua, imagen de la libertad que no les hace libres, sino que les hace malos.

Por lo que toca a los ciudadanos adultos y ya formados, la instrucción literaria y la formación religiosa les enseñará la prioridad y la certidumbre de sus deberes. No; una formación religiosa que no pase más allá de los signos y ritualidades exteriores porque aun en medio de ellas el espíritu puede permanecer impuro e impío: No, una cultura literaria que limitada a porfías y polémicas hace a los hombres testarudos y tesoneros, en vez de mesurados y prudentes; sino de todos aquellos nobles afanes que componen las costumbres y dan solidez y consistencia a la vida. La religión que se les enseñe sea la que, levantando los espíritus y los corazones a lo celestial, les convierta a todos a la práctica de la honestidad y les inflame en el amor de los bienes soberanos. De la formación religiosa no se exime nadie. En cuanto a la instrucción literaria, al pueblo en general se le ayudará bien por medio de conferencias, bien mediante libros escritos en lenguas vulgares sobre materias dignas de ser leídas y conocidas con los cuales se engañan las horas de holganza, no con seniles consejas ni con hazañas novelescas que no pueden traer ningún motivo de edificación.

Mas, el primer afán que se impone es el de destruir la admiración del dinero, de cohibir el lujo, despertar el amor de la sobriedad, encender el mutuo afecto, no buscar el logro pecaminoso, inculcar que la virtud es la única y verdadera ganancia. Y, a seguida, apártese a los hombres de aquellas cosas por cuya culpa se cometen delitos gigantescos y vicios capitales.

Con un pueblo como este que acabo de trazar, va a ser felicísimo tu reinado. De un pueblo así, tú no tanto tendrás la dirección laboriosa, como el espec-

táculo apacible y la fácil exhortación. Tus vasallos se gobernarán a sí mismos y serán tales que más les tendrás que avisar que no castigar. Ya ves cómo la cifra y el resumen del buen gobierno gira sobre la bondad, como en su propio eje, por manera que al fin, aquel príncipe tendrá gobierno gustoso y estable que haya hecho a sus súbditos buenos; y fácilmente los hará buenos con su ejemplo personal. Nadie sufre que uno exija de los otros lo que no da él y no en balde se dijo que la más eficaz persuasión es la de la conducta.

Empero, ni el gobernante puede consagrarse a este cuidado, ni los súbditos pueden consagrarse a la virtud si no reina paz. La guerra como una tempestad lo trastorna y revuelve todo. La única sazón oportuna de conservar la bondad del pueblo es la paz; todo lo que al hombre le hace mejor, sólo en la paz tiene su efectividad y vigencia: todo lo que mejora y da realce al hombre, en la guerra languidece: letras, religión, leyes, justicia, negocios, quietud, honrada artesanía, comercio y trabajo fecundo. En habiendo guerra, la sociedad toda adolece, como en un cuerpo enfermo no hay miembro que desempeñe con normalidad su función privativa. Las letras que fructifican con el ocio tranquilo y con el favor de los príncipes, oreadas y alimentadas como por una aura salubre, en el general alboroto y distraído el espíritu de los príncipes por otras punzadoras acucias, es fuerza que callen, cariacontecidas y mustias, y más siendo de suyo de voz medrosa y delicada que no se deja oír en el fragor y estruendo de las armas y entre el son de las trompas y los truenos de las bombardas. Interrumpido el comercio, sobrevienen las restricciones; las relaciones so-

ciales se agrían y piérdese aquel clima de amabilidad, tan grato a la orden de los hombres estudiosos. Pierde todo su valor aquella honra que es como la acción y la vida que ejercita los hombres y hace que las bellas artes crezcan y florezcan. ¿Y qué religión puede haber con los espíritus embravecidos por el odio mutuo, ahogados y tintos en sangre y en sevicia, en caos sacrílego y horrendo donde lo divino anda revuelto con lo humano, por manera por más se le tiene a uno apto para la guerra, cuanto menos tiene conciencia y religión? Pasatiempos son de la milicia, pillar casas, despojar templos, estuprar doncellas, incendiar villas y ciudades. Locura grande esa de destruir lo que no puedes conservar.

Estas son las ventajas de la guerra: no aprovechar a nadie y dañar a muchos, sin ningún respeto o miramiento de Dios, que es el soberano Maestre y Gobernador del mundo. Cuerpos dañados albergan tan ciegos espíritus que no atinan a ver la justicia de Dios y toman a mala parte cualquier consejo sano. Ellos son los que dicen a Dios: *Apártate de nosotros; no queremos la ciencia de tus caminos.* ¡Y con qué insolencia y con qué desfachatez descuidan las leyes divinas y menosprecian las humanas, hasta el punto que no parece que haya cosa alguna verdadera y genuinamente militar, tanto como estar persuadido que ninguna equidad y bondad reza para los que ejercen esa profesión, que no están sujetos a derecho alguno, que ellos son quienes llevan en la vaina enfundadas, a una, la ley y la espada; que cualquier antojo de su malvada voluntad es lo justo y lo equitativo, y creen poder ejercer su capricho no ya sobre el pueblo, sino sobre los mismos príncipes, puesto que reinan gracias a su apo-

yo y al esfuerzo de su brazo. ¿Qué esclavo hay comprado en almoneda pública, que con tan servil obediencia ejecutase las órdenes de su señor, como en nuestros tiempos, los reyes de Francia se doblegaron al más liviano capricho de los esguízaros, porque estaban convencidos de que eran ellos el sostén y el cimiento de su corona? A los príncipes aun cuando todas las otras circunstancias les invitasen a la guerra, deberían retraerles la sola consideración de que tienen que hacerla con soldadesca que es la peor laya de hombres y la más procaz de todas. Y no solamente los soldados se muestran tales para con el príncipe ajeno, sino también con el propio, cuya dignidad, riquezas, poderío, piensan estar depositados en sus solas manos y pueden transferirlos donde les pluguiere. Ninguno de estos pensamientos se les acude en la paz, porque el pueblo está allí tranquilo, los nobles están quedos y quietas las vecinas naciones y sus monarcas respectivos. Los mismos militares de ocasión reducidos a la vida civil y al traje de paisano se ven destinados a trabajos de provecho social y tienen tiempo y holgura para más cuerdas iniciativas. Y si por desgracia esa parte ataca e inficiona las alturas del principado, hay que pensar que las capas sociales inferiores sienten mucho más acertadamente el agobio y la vejación. El pueblo bajo no solamente sufre la opresión de los militares profesionales a quienes obliga un juramento, sino de todos aquellos que se les agregan o fingen estarles agregados, con la aviesa idea de hacer daño con la impunidad que la licencia marcial comporta, estando absorbidos por las preocupaciones bélicas los que tienen autoridad para atajarles en el desafuero. Si ya no es que no se atreven a castigarles, porque ellos tam-

bién se arrojan la privilegiada condición de militares, no sea que vayan a promover disturbios y motines en la más vidriosa de las inoportunidades.

Y por remate de todo esto, el pueblo agobiado de pechos y tributos, barrido por las armas el comercio por tierra y por mar, vive en suma estrechez y miseria, tan exprimido y tan arruinado que cuando, por fin, retornan la paz y la quietud en la dura postguerra, la convalecencia se le hace harto larga y difícil. Muchos cesantes en su oficio lucrativo, si son inválidos, se dedican a la mendicidad, y si no lo son, se dedican al pillaje, escudados en la licencia sin freno y en la impunidad inevitable en tiempos de guerra; como si la salvación del reino estuviera depositada en las manos de aquellos que acarrear al reino la mayor y la peor parte de las calamidades.

Por todas estas razones, los buenos acongojados odian el presente estado de cosas, al par que los malos se habitúan a la criminalidad y, por ende, la impunidad les contenta y les es aborrecible todo derecho, toda ley, todo juez y les corresponde una hostilidad encarnizada.

Y en ese lastimoso estado, ¡cuál se debe de mostrar la faz del reino! Espantáranse los príncipes a buen seguro, si la vieran pintada como en una tabla. Cuanto en la cuenta del príncipe cargamos el caos y el desastre que la guerra ocasiona; tanto en su descuento debemos poner las bienandanzas, hijas de la paz, que debe ser el más entrañable de nuestros amores. El estudio pule el espíritu; la religión le levanta a Dios; el comercio y artesanía proporcionan trabajo, pan y bienestar; la justicia pública impone paz en la sociedad y su pacífica convivencia, cada cual posee en

seguros sus bienes, sus hijos, su esposa, su hogar, su hacienda; cuya posesión en la guerra es azarosa e incierta, y las más de las veces ocasiona enojo y pesadumbre.

Todas estas venturas de la paz débense al príncipe, como alma que es de las leyes, garantía de la pública quietud, árbitro de la concordia. Por ello es que se dice que los que la violan, obraron contra la paz del Señor Rey. Tú eres aquel por quien en público y en privado y en la mesa y en el lecho nos saboreamos y regalamos con las dulzuras de la seguridad. Tú eres el fiador de todos nosotros en nombre de las leyes. No siendo así, más nos valiera llevar vida salvajina y montés a fuer de cavernícolas que alternar con unos hombres entre los cuales la bondad es una estupenda rareza. Por esto es que al príncipe bondadoso y pacífico síguele como merecida consecuencia el encomio de los letrados que le son deudores de aquel su oficio fecundo. Bajo este aspecto se distinguió por manera muy singular Augusto César, celebrado por toda suerte de escritores, para quienes él con la festiva y bienvenida paz que derramó por la faz del universo mundo, creó una sabrosa y tranquila holgura, consiguiendo aquella gloria, que es de todas las glorias la más rara, ganándose tan grande amor del Senado y del pueblo romano que, después de muerto, cuando toda adulación era ociosa, demostraron cuánto le quisieron vivo, compitiendo todo en entusiasmo por honrar la memoria del difunto: sus exequias no tuvieron tasa ni tuvieron fin, inspiradas por el más sincero e insobornable de los afectos. Al quedar huérfano de la presencia física de aquel Padre de la Patria, retuvieron fresca su memoria, que se renovaba

periódicamente en cada uno de los aniversarios. Tan profundamente arraigó en el ánimo de todos el recuerdo del mejor de los príncipes que por consideración a él el mundo soportó cuatro príncipes seguidos, uno tras otro, malos todos ellos, a cual peor, a cuatro tiranos, cuales no los soportara si en vez de ser emperadores hubieran sido esclavos.

A esta alabanza y gratitud de los hombres de letras añádese la holgada abastanza que si llega a los súbditos no puede el rey llamarse pobre, como no puede llamarse rico si es él sólo quien acapara la riqueza, Engáñase el príncipe si piensa que su opulencia, si él amontona, va a ser mayor o más firme que la del pueblo; pues aun siendo infinito el dinero es menester que muchos le manejen; y todo cuanto necesite el príncipe moderado para sí, lo tiene al alcance de la mano. ¿Y no es cierto que con mayor seguridad y con envidia menor guarda cada cual su templada medianía?

Alléganse a esto los votos que hacen los buenos por la salud de él solo, y el amor efusivo y cordial que todos profesan a aquél que les otorga el pacífico goce de sus bienes. Pero todas estas y muchas otras ventajas que pudieran decirse, quedan superadas por la íntima y sana satisfacción que experimenta el príncipe en su gobierno, por la conciencia que tiene de que cumple con su deber. Del pintor, del pastor, del zapatero, del carpintero o de cualquier otro artesano que no sabe cumplir su cometido todos se ríen y le muestran displicencia. Lo que acontece en lo grande, pasa también en lo pequeño, y tiénese por cosa aborrecible y fea el que cada uno no ejerza cumplidamente su propio oficio.

De esta manera, el príncipe se torna una imagen, la más expresiva del Príncipe del mundo, que extiende

donde quiera su imperio saludable. Quien no experimente su bondad, atribúyalo exclusivamente a culpa suya. El que es el Sumo Bien, en tranquilísimo régimen de piedad, lo dispone todo, y nadie siente su poder sino templado con su bondad. No aterroriza arbitrariamente y porque sí, ni amenaza todo lo que puede; pero, eso sí, demuestra toda su capacidad de hacer bien y a todos invita así con la grandeza de sus beneficios. Esta vivaz imagen del Rey de la mansedumbre no puede el príncipe reproducirla en tiempo de guerra, cuando hay que hacer el terror ostensible y hay que causar al enemigo todo el posible daño, y aun amenazar con el que no se ocasiona. Mientras tú temes, veste obligado a ser cruel, odiado de los enemigos, sospechoso a los aliados, enojoso a los súbditos. Por esto es menester conservar la paz a todo evento, como que es la razón más oportuna para gobernar el reino y para afianzarlo. Conseguiste tú la paz, primeramente con el favor de Dios, autor y conciliador de toda paz y concordia; y luego, por tu bondad nativa y por el consejo del Señor Cardenal, varón grande y dechado de prudencia. Acaso, andando turbias las cosas, no tendrás holgura de comparar la paz con la guerra, ocupados tus sentidos todos en el cuidado y conducción de la guerra, mientras vas tomando precauciones para ti o maquinando asechanzas para los otros. Ahora que disfrutas de quietud, sopesa bien una cosa y otra, compara ese amor con aquel odio, esa unidad con aquella rotura y dime: ¿Trocaras el cuidado y los azares de la guerra con la actual seguridad? ¿Cambiaras este pacífico certamen y este pugilato, en que todos atienden a su deber, con aquellas súbitas alarmas y aquellos recelos continuos?

Sin cuento son los gastos de la guerra, y modera-

dos y tolerables los gastos de la paz. En la paz el pueblo es bueno, y por ende dócil y dúctil; en la guerra es feroz, maligno, murmurador. A tu carácter de exquisita afabilidad y placidez convienen maravillosamente las artes de la paz mansa. En la guerra todo suda sangre; todo rezuma inhumanidad. El príncipe mismo aterroriza siempre y siempre teme.

Cierto es que aquella guerra anduvo perezosa y aburrida. Otro gallo cantara si la cosa, por un lado y otro, se hubiera encrudecido.

Todo esto que te dije como en cifra y resumen, si tú, con la ejercitada agudeza de tu ingenio, lo considerares muy de asiento y detenidamente (cosa que yo no puedo hacer en una carta tan larga, yo que te escribo y de ti pudiera recibir mejores y más copiosas enseñanzas), sin duda hallaras cuánto tiene que ser el afán que debes poner en evitar esa comezón de guerrear, y con qué cuidado, y con ambas manos, como se dice, retener esta situación de tranquilidad. No hay que aceptar la guerra a la ligera y alegremente ni trocar la paz cierta por una victoria soñada.

No hay cosa alguna que con más ahinco y frecuencia deba pensarse y madurarse como la guerra, en la que no es lícito el reincidir, y a la cual el príncipe debe resolverse muy a duras penas, aun presionado por necesidad ineluctable, no sin haber antes apurado todos los medios con resultado negativo. No hay guerra tan feliz que no deba posponerse a cualquiera paz desastrosa, ora pienses los cuidados que acarrea, ora los gastos, ora los peligros. Así que ceda el príncipe algún tanto de su derecho antes de que se lo juegue todo, y evite con una leve flexión de su costado ese tan fiero golpe de la fortuna. La guerra tiene sus alternativas y

cambia en un abrir y cerrar de ojos las situaciones; es velciosa la fortuna militar. Por eso el dios de la guerra fué llamado Mavorte, porque da muchas vueltas. No está en la misma mano que toma la guerra el dejarla. El comienzo de la guerra está en manos del príncipe; el éxito, en manos de la fortuna, o por decirlo con mayor verdad y cristiandad, en manos de Dios, cuya voluntad para con nosotros, y no sin razón, nos es desconocida, ignorando, como ignoramos, la gracia que con El tenemos.

No de otro modo que el dinero que deliberadamente ponemos sobre una carta, no sabiendo cuyo será, en un momento, pasa a propiedad ajena; así, movida una guerra, el príncipe y todo su poder juégase al capricho de la suerte. ¡Cuántos fueron los que se han arrepentido de una guerra comenzada con los mejores auspicios! ¡Y cómo a ninguno le pesó de la paz ganada con algún perjuicio o con alguna injusticia! No hay república menos estable que la que a cada momento saca a relucir las armas. ¿Cuántas veces llegó Atenas a extremas crisis? Incendiada por los persas, tiranizada por los lacedemonios que igualaron sus murallas con el suelo; quebrantada por el primer Filipo, afligida por el segundo Filipo, despedazada por Mitrídates, casi borrada por Sila. Aquella belicosa Roma fué tomada por Tacio, sitiada por Porsena, incendiada por los galos, aterrorizada por Pirro, sacudida por Aníbal y, al fin, por sus propias armas destrozada.

Dirán algunos: Las armas y la guerra acrecientan los reinos. Sí; pero también esas mismas armas y esa misma guerra ocasionan su perdición y ruina. Acaso no haya en la paz tanto y tan ominoso esplendor y tanta gloria, desde luego falsa; pero hay más quietud:

hay menos debate y menos riesgo, por ende, muchísima más firmeza, asentada en más robusta solidez. No cuido, dijo aquel rey sapientísimo que se llamó Teopompo, *cuán gran reino voy a legar a mis hijos, sino cuán dudadero y estable*. Tú nada pides a los otros, ni los otros te piden nada a Ti. En uno y otro extremo está el peligro, ora combatas con un enemigo más fuerte o con un enemigo más débil. No hay poder tan flaco a quien le falten fuerzas para dañar y que esté destituido de toda facultad de ayudar y hacer bien. Sobran recursos para el daño, y tan hacedero es causar mal por fuerza suya como por flaqueza nuestra.

Aquí tienes, Rey glorioso, lo que a mí, el más adicto y apasionado de tu Majestad, parecióme que en este trance te debí escribir acerca de la guerra y la paz. Tú recibirás estas advertencias mías con aquella mansedumbre con que sueles recibir todas mis cosas, o mejor, aquella benevolencia con que escuchas a quienes te avisan, y de la cual no te desprendes en ninguna ocasión, conocida y experimentada, no solamente por tus súbditos ingleses, sino también por las naciones extranjeras. Mis estudios, cuya tranquila holganza Tú me procuras, no pudieron dejar que pasase en silencio esta oportunidad de escribirte. Solamente añadiré, antes de terminar, que no conviene en modo alguno que ignores (aun cuando Tú lo oyes o lo alcanzas por conjeturas) que las naciones todas, conforme nos lo deja entender la fama y las conversaciones de los hombres, esperan de Ti, y casi por su propio derecho te lo exigen, que puesto que mostraste al mundo asomos y esperanzas de paz, des feliz remate a esta paz, trayendo a la concordia a la Cesárea Majestad de Carlos, por el ascendiente y amistad que con él tienes, no sea que

esta flor hechicera de la paz haya mostrado con harto envidiosa brevedad su hermosura y su alegría, sin dar el fruto cierto que esperábamos. ¡Ojalá proporciones este gozo sólido a todo el orbe cristiano; para que dé vuelta a toda Europa la gloria de la quietud, se te deba a Ti solo, y compuestas las discordias entre príncipes, y apaciguados los tumultos y el polvo bélico, podamos trasladar nuestras preocupaciones a la religión, a la piedad, a los negocios específicamente cristianos. Tú mismo ves hasta qué grado el mundo lo necesita. Yo no comprendo con qué otra cosa pueda decorarse más el *Defensor de la fe* o con qué otras obras puedes contraer mayores merecimientos para con Cristo, a quien pido que siempre pienses y hagas todo cuanto haya de redundar en la salud y la felicidad Tuya y de tu reino.

Brujas, 8 de octubre de 1525.

NOTAS

